



ARLEQUÍN

Los peinados de los malditos

Joe Meno



Joe Meno

Los peinados de los malditos



ARLEQUÍN

Traducción:
Jorge Alberto Pérez Gómez

Título original:
Hairstyles of the Damned

© 2004 Joe Meno
Under license from Akashic Books, New York
www.akashicbooks.com

D.R. © 2015 Arlequín Editorial y Servicios, S.A. de C.V.
Teotihuacan 345, Ciudad del Sol,
45050, Zapopan, Jalisco.
Tel. (52 33) 3657 3786 y 3657 5045
arlequin@arlequin.mx
www.arlequin.mx

Se editó para publicación digital en julio de 2018

ISBN 978-607-8338-86-3

Editado en México

PESADILLA ESTADOUNIDENSE

Octubre de 1990

«Whoa, oh, oh, oh, sweet child of mine»,
«Sweet Child o' Mine»,
Axl Rose, Guns N' Roses

«Tu pene es rey»,
grafiti en el baño de hombres de una preparatoria

«The sun shines out of our behinds»,
«Hand in Glove»,
Morrissey, The Smiths

Uno

El otro problema que tenía era que me estaba enamorando de mi mejor amiga, Gretchen, de quien pensaba que el resto del mundo la consideraba gorda. Íbamos cantando en su carro madreado, al final de la canción «White Riot», la de The Clash, me di cuenta de que miraba su boca cantar y lanzar un beso mientras sus ojos parpadeaban y guiñaban: éramos mucho más que amigos, por lo menos para mí. Observaba a Gretchen conducir cuando empezó a cantar la siguiente canción, «Should I Stay or Should I Go?», también de The Clash, entonces dije:

—Me encanta ir en carro contigo, Gretchen —pero como el volumen estaba muy alto todo lo que ella podía hacer era ver mi boca moverse.

Era un martes a eso de las cuatro de la tarde, en el primer semestre de nuestro primer año en la preparatoria. Ninguno de los dos tenía nada que hacer, pues Gretchen recién había sido despedida del Cinnabon en la plaza —por hacerle una seña obscena a una cliente que pidió más helado—; y yo no tenía permitido trabajar porque mi madre era muy sobreprotectora conmigo, para que sólo me enfocara en el estudio. Le grité algo más a Gretchen y volteó a verme para luego devolver la mirada al camino y seguir cantando. Supongo que la observé: su cabello corto rubio-rosado —un poco sobre su cara, otro más escondido

en su oreja, unas partes teñidas con un rosa más brillante que el resto—, y veía cómo su boca se movía. Noté que ni siquiera usaba lápiz labial y ésa era una de las razones por las que pensaba que me gustaba: también sonreí por cómo agarraba el volante con sus pequeñas manos blancas, como si fuera un conductor novato, que no lo era, pues tenía 17 y manejaba mucho antes de que le dieran su licencia, un año antes. También miraba sus senos: los veía, eran grandes, muy grandes, tanto que no hubiera sabido qué hacer con ellos. Supongo que la verdad del asunto es que eran enormes por su gordura, pero no me importaba en ese entonces, no como me hubiera importado si hubiera estado con Bobby B. u otro tipo en la plaza, y me hubieran dicho «Ey, mira esa vaca», yo me hubiera reído al decir «Ey». Gretchen era gorda, es decir, no obesa, pero sí estaba grande, no tanto su cara, pero sí su torso y su trasero.

Peor que eso, era conocida por patearle el trasero con regularidad a otras chicas. No estaba muy chido. Hubo un horrendo incidente al jalarle el pelo a Polly Winchensky. Un gigantesco morete en el ojo de Lisa Hensel. Una vez Gretchen le rompió el brazo a Amy Schaffer en una fiesta de Halloween: la vez que Amy Schaffer barrió a Gretchen por su disfraz, cuando se disfrazó de JFK luego de ser asesinado, con un traje negro lleno de sangre y agujeros por las balas. Amy Schaffer dijo:

—De verdad pareces hombre —y Gretchen sólo volteó y agarró a Amy Schaffer por el brazo, lo torció tan duro por su espalda que los días de actuación de Amy Schaffer acabaron ahí, justo así, de manera que la pobre tuvo que ir derramando simpatía los siguientes dos años, como una pinche mártir usando su cabestrillo todo el tiempo, mucho después de que fuera necesario para su recuperación.

Bueno, también, bueno, Gretchen no era la chica más femenina del mundo, de verdad. Maldecía mucho y sólo

escuchaba punk, como los Misfits y los Ramones y los Descendents, en especial cuando íbamos en su coche, porque a pesar de que tenía un estéreo decente para un Ford Escort, había un caset atorado en la casetera desde un año atrás y la mayoría del tiempo eso era lo que sonaba. Tenías que empujar el caset con una pluma o con una lima de uñas para que empezara. El caset era un mixtape cosecha de Gretchen, y que un año atrás pensaba que era chido. Según la etiqueta en el caset era algo que se llamaba *WHITE PROTEST ROCK, VERSIÓN II*.

Los mixtapes de Gretchen, sus gustos musicales, eran de canciones que parecían ser todo sobre nuestras vidas, pero en formas aleatorias y pequeñas que tenían sentido en casi toda ocasión. Como «Should I Stay or Should I Go?». Tal vez significaba que debía decirle lo que sentía. O tal vez significaba que sólo debía irme a casa. Para mí, los casets eran lo que provocaban que me gustara, primero, y luego que la quisiera tanto: como el hecho de que entre los Misfits y The Specials ella pusiera una canción de The Mamas and the Papas, «Dream a Little Dream of Me» o algo así. Esos mixtapes eran la banda sonora secreta para cómo me sentía o lo que pensaba sobre casi cualquier cosa.

También —y no sé si deba o no mencionar esto— Gretchen siempre se refería a la gente, incluso a nuestros amigos, como «pendejos» o «imbéciles» o «maricas» o «maricones» o «culos» o «comevergas» o «culos comevergas» o «culos comeculos» lo que ni siquiera tiene sentido cuando piensas en ello, cosas así. La manera en que decía groserías me sorprendía siempre, probablemente eso hacía que me gustara mucho más que cualquier otra chica a la que conociera, ni siquiera parecía preocuparse por pasar el rato conmigo.

Ok, la cosa era que la fiesta estudiantil era como en tres semanas y no le había pedido a nadie que me acompañara,

y quería pedírselo a Gretchen. Pero no lo había hecho por varias buenas razones: uno, no quería que ella supiera que me gustaba mucho, y; dos, sabía que le latía Tony Degan, este tipo que creía en la supremacía blanca; además —y esto es lo peor, así que odio admitirlo—, pero bueno, no quería fotografías. ¿Ya sabes cómo te hacen posar para la foto y toda la cosa? No quería fotos más de cuando fui a recoger a la chica gorda, para que dentro de cincuenta años me acordara de lo perdedor que era, porque, bueno, esperaba que las cosas mejoraran para mí en un futuro.

—¿Quieres ir por algo de comer? —preguntó Gretchen—. Me estoy muriendo de hambre bien cabrón, porque, no sé si lo has notado, pero soy una gorda vacota.

—Como sea —dije y le bajé al radio para que pudiéramos hablar—. ¿A dónde quieres ir a comer? ¿Haunted Trails?

Haunted Trails estaba en la calle 79, era un lugar con minigolf y maquinitas, ambientado como película de terror. Era el único lugar en el que nosotros y los demás chicos punks y pachecos podíamos cotorrear.

—No, espera, olvídalo —dijo—. Toda la banda estará ahí y me veo muy gorda. Según eso debo estar a dieta y sólo comer alimentos blancos... es como una cosa racista o algo así. En serio. Me molesta cómo soy, ¿sabes? En la práctica soy un vato. Mírame, prácticamente tengo pelo en pecho, podría entrar al equipo de fútbol o algo.

—Cállate —le contesté—, nada más dices eso para que te diga que te ves bien, así que ni siquiera lo diré.

—Oh, me cachaste, pendejo. No, de verdad, mírame: en la práctica soy un vato, prácticamente tengo pito —bajó la velocidad del madreado Escort azul para detenerse en el siguiente semáforo y abultó sus pantalones para que pareciera que tenía una erección—. ¡Mira, mira, dios mío: la tengo parada! Oh, tengo las bolas azules, ah, ¡me duele!, ¡ayúdame! Muéstrame porno, ¡rápido! Anda, ¡vamos a

violador a un par de porristas! Ah, ¡me duele! —me reí, volteando para otro lado—. Olvídalo, pues, en serio. Me molesta mucho cómo soy. Ey, ¿ya te dije que estoy enamorada otra vez de Tony Degan?

—¿Qué? —pregunté—. ¿Por qué no te olvidas de él? Tiene como pinches 26 años, y trae su babosada de supremacía blanca. Y, sabe, eso debería ser suficiente.

—No estoy enamorada en serio, sólo quiero que me desvirgue por completo.

—¿Qué?

—Ya sabes, sólo que lo haga algún imbécil al que no le importe para nada, para olvidarme de eso de inmediato, sabes, para no volver a hablar con él nunca más. De esa forma no sería incómodo después.

—Ey, noto cómo ser violada por un tipo que cree en la supremacía blanca no sería incómodo.

—¡Exacto! —dijo—, por eso eres mi mejor amiga.

—Gretchen, sí sabes que no soy mujer, ¿verdad?

—Lo sé, pero si pienso en ti como un chico tendría que preocuparme por lo que como cuando estoy contigo.

—Pero no me importa cómo te ves —le contesté, sabiendo que le mentía.

Dos

ESTOY ENAMORADA DE UN MALEANTE DE LA SUPREMACÍA BLANCA. TONY DEGAN. TONY DEGAN, ERES LO ÚNICO EN QUE PIENSO. SÉ QUE ERES UN PACHECO. SÉ QUE ERES UN TARADO RACISTA. PERO NO PUEDO DEJAR DE PENSAR EN TI. CÓMO SONRÍES, COMO SI YA ESTUVIERAS DESABROCHANDO MI BRASIER, NO SÉ, ERES TODO LO QUE PIENSO. ME HACES SENTIR BIEN, MENOS SOLA. PIENSO EN TI Y SÉ QUE NUNCA ESTARÉ SOLA. NADIE ME HARÁ SENTIR GORDA. NADIE ME LLAMARÁ DE NUEVO GORDITA. TONY DEGAN. TONY DEGAN. LA PRÓXIMA VEZ. LA PRÓXIMA VEZ QUE ESTÉ SOLA

CONTIGO TE DEJARÉ HACERLO. TE DEJARÉ HACERME TODO LO QUE QUIERAS.

A DATE N.R. un nuevo mix tape <input type="radio"/> YES <input type="radio"/> NO	B DATE N.R. para? <input type="radio"/> YES <input type="radio"/> NO
texas chainsaw massacre de los ramones safe european home de the clash	hope de los descendents punk rock girl de los dead milken
bottom of the bottomless pit de the dead milkmen stuart de los dead milkmen	bikeage de los descendents i'm not a loser de los descendents
police and thieves de the clash a message to rudly de the specials last caress de los misfits	clean sheets de los descendents ask me de los smiths
american nightmare de los misfits today your love, tomorrow the world de los ramones	vampira de los misfits suburban home de los descendents
wasted de black flag	¿? alguna otra de black flag

Tres

Más tarde, en las maquinitas, Gretchen estaba llorando, algo que nunca antes había visto.

—¿Qué pasa? —pregunté. Yo estaba en medio de un exitoso juego de Phantom Racer y no estaba escuchando del todo. Volteé y vi lágrimas en sus mejillas, sonrojadas y brillantes. Se mordía el labio inferior para evitar lloriquear. Traía puesta su sudadera negra y bajo la luz parecía que su cabello rosa se teñía de vuelta al rubio. Odio decirlo, pero al pensarlo ahora, estar de pie ahí con sus brazos cruzados toda triste, mirando hacia el suelo, con las luces parpadeantes del videojuego Galaga y Bon Scott del gran AC/DC berreando «TNT» desde las bocinas del lugar... todo esto mezclado con el clic, clic de las maquinitas y los beeps y zumbidos de los juegos espaciales, bueno, sepa, se veía bonita ahí parada. Hermosa de verdad.

—Tony Degan me pidió que fuera a dar un paseo —dijo, al fin.

—¿Y? —dije, regresando la mirada a la pantalla.

—Y, no lo hice.

—¿Y?

—Y, recién lo vi fajando con una zorra.

—¿Y? Gran cosa —me encogí de hombros y enfoqué para rebasar un auto parado, cambiando de velocidad para recobrar rapidez, pero dos demonios de ojos rojos y

pixeleados se tambalearon hacia mi trayecto. Miré y Gretchen se había ido. Paso un momento y escuché a alguien gritar desde el estacionamiento de afuera. Terminé ese nivel mientras sumaba mi puntaje: noté que un culero llamado RAD1 había superado todos mis récords: me pareció sin sentido intentar alcanzar el primer puesto porque el tal RAD1 debía ser un estúpido genio de los videojuegos que trabajaba para la empresa del juego, ya sabes, ¿tipo *Tommy* de The Who? Quiero decir, ¿quién consigue 1 500 200 puntos? Estúpidos genios de los videojuegos. No sé, escuché otro grito en el estacionamiento, y ya que mi puntaje no era tan malo sólo me di vuelta y me fui.

Afuera había mucha luz natural, también estaba muy tranquilo todo. Tuve que tapar mis ojos y dejar que se acostumbraran al sol, que apenas comenzaba a bajar. Eran como las cinco de la tarde. Afuera de Diversiones Haunted Trails: Minigolf y Maquinitas todo estaba muy vacío. En el minigolf estaban los usuales obstáculos raros de terror —el Monstruo del Lago Ness, el tercer hoyo, el monstruo verde emergiendo del pantano con agua azul-verdosa, un ataúd con una madreada mano mecánica que se levantaba y caía esporádicamente, esqueletos bailarines que tenías que golpear para avanzar—, pero no había nadie alrededor. Un padre con sus dos hijas pequeñas estaba llegando al hoyo ocho, que era una construcción de madera, un castillo embrujado en el que tenías que pasar la pelota por un puente levadizo. El padre estaba alineando su tiro, tenía un parche negro brillante encima de su ojo izquierdo. Los tres parecían haber estado en algún tipo de accidente. Ambas niñas tenía curitas en su cara y una tenía el brazo roto. Me puso a pensar por un instante. Luego una de las niñas pateó una bola de golf azul y cayó en el hoyo, todos rieron. «Todo está bien cuando tu padre se preocupa por estar

cerca», pensé. Al lado del golf en miniatura estaban las jaulas de bateo donde unos «atletas» con sobrepeso le pegaban a la pelota con lanzamientos rápidos. Un tipo tenía puesta una cachucha con la bandera de Estados Unidos y una camisa que decía «Un tequila, dos tequilas, tres tequilas, te caes». Le pegó con todo a un lanzamiento cerrado y gritó:

—¡Le pega y anota! —decidí que eso no me gustaba. Al otro lado de las jaulas de bateo un tipo mexicano vendía hot-dogs con fideos en el snack Spooky. Había sólo dos niños gordos acelerando en la pista de go-karts; eran gemelos con gorros de cumpleaños de papel amarillo. Ambos tenían la misma expresión de diversión en sus redondas y regordetas caras; imaginé lo agradable que debía ser volver a ser niño. Pero no gordo. En la entrada estaba una estatua gigante de Frankenstein elevándose hasta el cielo, blandiendo su hacha. Su expresión parecía decir «Sí, estoy igual de solo acá arriba», lo saludé y caminé de vuelta atrás.

Encendí un cigarro y miré al estacionamiento hacia donde todos los pachecos se juntaban. Estaba tratando de fumar... qué demonios, todos los demás lo hacían. Le di el jalón y tosí como veterano de guerra, luego le di un golpecito al cigarro detrás de mí, tratando de dar mi mejor cara en el estacionamiento. Al fondo había dos o tres autos, lucían bien: un Nova remodelado con pintura cromada color azul, un Impala oxidado pero todavía chido, y dos vans con buena apariencia. Los tipos con los mejores bigotes y los mejores carros se juntaban en el estacionamiento. Eran muchachos que seguían en la preparatoria, pero por sus buenos bigotes y sus buenos carros conseguían acostarse con chicas y hasta les vendían cerveza. También estaban los mayores, como Tony Degan, que tenía unos 26 pero continuaba juntándose con

preparatorianos, ya sabes, para vender algo de droga, decir chingaderas y conseguir acostones con adolescentes. A Tony le iba bien, sobre todo porque era mayor y sabía qué hacer para que una chica le creyera lo que fuera que le dijera con frases como «Oh, de verdad siento que puedo confiar en ti», mientras introducía sus manos en los pantalones de la pobre niña. O eso es lo que había escuchado.

Al acercarme al estacionamiento vi a Bobby B. y su van púrpura con el hechicero pintado. Estaba recargado en el capote junto con Tony Degan, se reían. Bobby B. era un chico de mi cuadra, del último año, un año más grande que yo, con cabello negro largo, lentes de sol dorados y jeans deslavados. Se sentaba afuera de su garaje toda la noche, fumando y bebiendo mientras trataba de hacer funcionar el jodido motor de su van. La van, una Dodge del 77, se veía bien: era púrpura brillante y tenía al magnífico hechicero pintado con aerosol en uno de sus lados, pero andaba de la chingada. Pero seguía siendo una van, su van, una van que lucía bien con su hechicero. En la guantera Bobby siempre tenía media decena de calzones de mujer, de chicas con las que se había acostado. Lo llamaba su «sala de trofeos». Si abrías la guantera los calzones parecían cantarte un himno —«¡Aleluya!»—, brillando con luces doradas. Y, con mucha gratitud, debo mencionar que Bobby B. me presentó a AC/DC cuando me prestó *High Voltage* en segundo de secundaria. Por eso estaría eternamente agradecido.

Al lado de Bobby B. estaba Tony Degan, quien, por otro lado y como ya dije, tenía tal vez 25 o 26 años: era alto pero flacucho, con una camisa amarilla con la leyenda «Mis abuelos fueron a las Bahamas y todo lo que me trajeron fue esta estúpida camisa». Fumaba, movía y asentía su cabeza, eso era todo lo que hacía: asentía para sí mismo y sonreía, como si hubiera un chiste sobre ti que no captabas aún.

Parecía estar pacheco todo el tiempo, quizá lo estaba, no lo sé. Era rubio, con el cabello más largo en la nuca, se peinaba hacia arriba con gel o algo así, usaba un par de bandas negras en las muñecas, aunque no era ningún «atleta» o tocara ningún instrumento, pero daba la apariencia de que en un dos tres podría darte en la madre.

Tan pronto como di la vuelta escuché el grito de nuevo y vi cómo Gretchen le aplicaba una llave a la cabeza de una chica que no conocía. Como siempre, Gretchen ganaba. Los ojos de la muchacha se veían enormes y desorbitados por el pánico. Era muy delgada y tenía el aspecto de una zorra. Llevaba licras desgarradas con telarañas estampadas y una chamarra de mezclilla negra con un gran parche de Megadeth. Estaba hincada y le costaba trabajo respirar. A Gretchen le caía baba en el brazo y se le derramaba hasta el suelo. No estaba chido.

—Güey, ¿qué paso aquí? —pregunté.

—Brian Oswald, ¿qué traes, güey? —Bobby B. preguntó y asintió. Le estaba saliendo un buen bigote, delgado, pero extendido alrededor de sus labios estrechos hasta abajo en su piocha, como biker. Yo llevaba meses tratando de dejarme el bigote pero no me salía nada, na-di-ta: ni un rastro, ni sombra, nada de nada. Iba en primero de prepa pero parecía de tercero de secundaria—. ¿Qué chingados pasa aquí? —Bobby B. preguntó de nuevo, chocándola conmigo.

—Ya sabes, nada —dije.

—¿Ya rompiste el récord de Phantom Racer? —dijo.

—Aún no.

—Chingado, deben tener algún puto experto que viene y lo resetea cada semana.

—Ey —dije—, ¿y qué pasa aquí? —con un golpe sorprendente Gretchen azotó el cráneo de la chava contra el costado de un LeBaron estacionado.

—¡Ohhhhhh! —gimieron todos.

—Pinches morras —dijo Bobby B.

—Ey —dije—, morras —volteé hacia Gretchen y le grité —: güey, Gretchen, ¡pinches cálmate!

Me ignoró, justo como siempre.

—Uh, ya déjala ir —Tony balbuceó, todavía sonriente. Pasó su mano por su sucio cabello rubio, espeso por el gel, y sobó su propio cuello—: no hizo nada.

El rostro de Gretchen estaba sonrojado cuando se rindió por fin, empujando a la chava contra el capote de un carro familiar estacionado. Le puso en la cara uno de sus dedos mientras le decía:

—La próxima vez... la próxima vez te parto la madre — todos los que estaban cerca dijeron «Ayyyyyy» y aplaudieron. Gretchen recogió su sudadera y se limpió la nariz, que fluía. La otra chava se fue cojeando, con sangre en la boca. Tony Degan reía y asentía.

—Te vas a morir —gritó la chava a la distancia y con seguridad—: voy a traerme a mis amigas y te vamos a partir la madre.

Gretchen volteó a verme y dijo:

—Ya vámonos a la chingada —yo asentí sin decir palabra, como era habitual en aquel entonces, pues había escogido vivir mi vida como el cabrón Zatoichi, el samurái ciego, ya sabes, ¿el tipo samurái de las películas sesenteras? Yo pasaba por esa etapa, no veía más que películas de samuráis y filmes de horror. Era acción en serio, sabes, el espadachín ciego con su espada brillante. Si no las conoces debes checar esas cintas. En fin, estaba tan callado como un muerto la mayoría del tiempo. Era un chico tímido y temía que lo que dijera sonara estúpido, así que casi no decía nada. Era el mal tercio, ¿o el mal quinto? Era la chingadera que no necesitabas nunca, pero ahí andaba. Creía que tal vez algún día mi silencio iba a impresionar a

alguien. Hasta el momento, no ha hecho nada conmigo. La mayoría de la gente cuando piensa en Brian Oswald tal vez diga «¿Quién?». Luego quizá alguien más diga: «El tipo, el callado que siempre se junta por ahí». Luego la otra persona tal vez diga «¿Quién?» otra vez. Era invisible para todos, supongo. Por ejemplo, cuando Gretchen y yo nos metimos en el Ford Escort el radio estaba prendido —las probabilidades eran una en un millón— y nos fuimos manejando con «Dirty Deeds» del grandioso AC/DC; hasta que Gretchen le cambió de estación sin preguntarme.

Cuatro

HISTORIA ESTADOUNIDENSE

10/3/90

I. Fueron muchas las causas de la revolución

A. resultados de la guerra entre Francia e India, de 1755 a 1763

- 1. las colonias estadounidenses piensan que ayudaron a los ingleses a vencer a los franceses*
- 2. el rey Jorge III piensa que las colonias le deben pagar a Inglaterra por protección*

B. impuestos sin reflejarse

- 1. no hay elecciones representativas en el parlamento*
- 2. la fiesta del té en Boston, 1773*

C. la intolerancia rancia de las nuevas leyes en las leyes de Quebec

D. también se combatió contra muchas estúpidas pelucas raras llenas de polvo

E. 1775: minutemen contra las casacas rojas

F. Nombres bien malditos para una banda de metal, si es que alguna vez tengo la oportunidad de entrar a una

- 1. El Pesado Martillo de Thor*
- 2. Tu Pinche Oráculo Podrido*

3. *Los Reyes Cadavéricos, ¡únanse!*
4. *Teme al Trueno y Relámpago del Maestro Druida*
5. *Los Conjuros Más Mortales*
6. *Salve Esqueleto, como el tipo del cráneo en He-Man*
7. *Los Bárbaros de Lansdale*
8. *Operación: Herida en la Cabeza*
9. *Doctor Matarvas*
10. *Todos los Reyes Gusanos*

G. la lista de cóvers chingones

1. *¿la primera rola? tiene que ser Iron Man con Ozzy*
2. *Back in Black de AC/DC*
3. *Search and Destroy de Metallica*
4. *Communication Breakdown de Led Zeppelin*
5. *Paranoid con Ozzy*
6. *si tienes un guitarrista poca madre y chingón, entonces
Sweet Child of Mine de GN'R*
7. *Highway to Hell de AC/DC*
8. *Too Fast for Love de Mötley Crüe*
9. *otra vez, si tienes un guitarrista poca madre y chingón,
Hot for Teacher de Van Halen*
10. *fin del set con Cum on Feel the Noise de Quiet Riot*

Cinco

En la prepa Gretchen era punk y tenía la reputación de ganarle a otras chicas. Todos nos metíamos en problemas en esos años, pero Gretchen era conocida como la chava a la que le gustaba pelear. Tal vez por eso era que me gustaba tanto. En esos años ser punk para la mayoría de los jóvenes era cómo te vestías, más que nada, no los discos que escuchabas: quizá sigue siendo así en algunos lugares, no sé. Todos los chavos que habían sido geeks, maricas, nerds o buenos para nada en la secundaria comenzaron a vestirse de manera jodida en la prepa, con la ropa desaliñada, los pines, el maquillaje y el cabello sucio, aunque ninguno hubiera escuchado jamás a MC5 o a los New York Dolls. Pero a algunos les daba una identidad de grupo, les daba carácter, tal vez. Adolescentes que en la secundaria los agarraban a chingadazos a diario, bueno, pues ahora sólo eran señalados y se reían de ellos, pero nadie los molestaba así que ya no tenían que aguantar la mierda de otros. Ser punk significaba tener algo contra lo que luchar. Eso le pasó a Gretchen. En su primer año en la Academia Católica para Jovencitas de la Madre McCauley estuvo involucrada en por lo menos cinco grandes peleas a golpes, con tres suspensiones. Por rutina recibía reportes y detenciones debido al fracaso de apegarse a las normas del uniforme; varias veces la habían mandado a casa para que

cambiara su peinado, maquillaje y ropa. Para entonces aún tenía castigos por haber teñido su cabello de rosa: todos los martes debía estar un rato en el área de detención. Supongo que cosas así eran lo que hacía que me gustara. Hacía las cosas que yo deseaba hacer, pero que no tenía las agallas para hacerlo, tal vez. Como en todo.

Ok, pues la cuarta suspensión que Gretchen tuvo en la escuela —de la que siempre hablábamos— fue por chingarse a Stacy Bensen. Stacy Bensen, la chica que se había postulado y ganado el puesto de presidente del consejo estudiantil con el eslogan de «Stacy Bensen, ¿por qué? Porque tú eres muy flojo para hacerlo». Stacy había cometido el terrible error de llamar a Gretchen «gorda marimacha». Luego de que sucedió Gretchen contó la historia un chingo de veces, tanto que probablemente yo podía decir mejor que ella qué había pasado —la contó en el mostrador de Snackville Junction, en los sillones del restaurante Wojos, en la carcacha del Escort, en fiestas, a su hermana, a mi hermano, a mi hermanita, a su papá, en el estacionamiento de Haunted Trails, incluso a gente que no conocíamos—. Además, cuando la contaba por lo regular omitía la parte más importante, cosa que yo no haré, lo prometo. Bien, pues era algo así:

Un día luego del extraordinario de la clase de inglés, un periodo en el que todo lo que hacía Gretchen era escribir los nombres de sus bandas favoritas con tinta negra sobre sus brazos y piernas —*RAMONES, LOS DESCENDENTS, THE CLASH*—; ahí fue cuando Gretchen decidió que ya era suficiente, no le gustaba la escuela. A ninguno de nosotros nos gustaba la escuela —bueno, a mí sí, pero jamás lo habría admitido frente a alguien más—, pero para Gretchen era aún peor. ¿Por qué? Por cómo se veía. O eso era lo que decía. Otras chavas la odiaban, incluso con sólo verla; no sólo porque era punk, sino porque era punk y se salía

mucho con la suya vistiéndose así porque su madre había muerto dos años atrás, así que todos los maestros y la gente de la escuela como que la dejaban en paz.

En una preparatoria católica eso era crucial: cómo lucías. Cuando Gretchen iba pisando fuerte por los pasillos —sus chingonas botas negras industriales estrellándose contra el azulejo, las cadenas de las botas traqueteando, el sonido de sus pulseras de plástico y de piel, como campanas, meneándose de arriba a abajo por su brazo como si fuera morralla—, una chava supercreída con el uniforme de la escuela católica se detenía en los lockers para quedársele viendo y barrerla con miradas sucias. Lo que veían al ver a Gretchen era esto: una gorda de primero, con cara de bebé, de 17 años y cabello rubio largo con los flecos teñidos de rosa rojizo, con los costados y la nuca casi rapados, muchísimo maquillaje negro en los ojos, con alfileres de gancho y parches de The Exploited y DRI, grupos que ni siquiera escuchaba, pero los parches se veían chidos, así que, de cualquier forma, sus parches, las botas industriales y una chamarra negra de cuero con el logotipo del cráneo de los Misfits —que había pintado a mano con un liquid paper que robó del escritorio de su papá—, y sus manos, manos llenas de anillos de plata con púas, e iba empuñándolas, como si anticipara una pelea, como siempre.

Al terminar las clases, Gretchen siempre se encontraba en su locker con Kim, nuestra amiga. Kim también era punk: una chica pequeña con largos brazos huesudos y una angosta y delgada cara, siempre con por lo menos unos quinientos o seiscientos chupetones en su cuello y a todo lo largo de la parte alta de su pecho; su cabello era rojo sangriento y cargaba una docena de piercings en su oreja. Además de todo eso tenía un fuego en la comisura de sus labios, al que apodaba con orgullo su «herpes». Me caía

muy bien Kim, pero me daba un chingo de miedo. Era muy atractiva pero estaba bien pinche loca. Bueno, mientras se ponía su chamara de mezclilla Kim volteó con Gretchen para preguntarle:

—¿Qué traes? —que era lo que siempre decía cuando te la encontrabas en algún lado.

—Me caga la escuela —contestó Gretchen y se encaminaron hacia el fondo del pasillo. Gretchen siempre caminaba con su cabeza mirando al suelo; Kim, siempre que tenía la oportunidad, se interponía en el camino de otras chicas, les chiflaba o golpeaba los libros que llevaban. Gretchen torció la boca y miró con odio a dos reinas de belleza de primer semestre, sus putas medias azules perfectamente estiradas hasta arriba, sus suéteres verdes entallados en la cintura y su joven cara radiante como estrellas de telenovela. Ambas retocaban sus labios con lápiz labial, con sus pequeños espejos de bolsillo, riéndose y señalando el reflejo de Kim y Gretchen.

Gretchen dio un paso hacia su dirección, se plantó ante ellas para que brincaran del susto. Se dieron la vuelta de prisa para esconderse detrás de las puertas de sus lockers. La más pequeña, con el cabello más oscuro y las cejas recién depiladas, musitó un chillido como de ratoncito. Kim les hizo la seña con su dedo medio y Gretchen soltó una carcajada: «Ja», y se dio la vuelta, feliz de haberlo hecho. Fue en ese momento, en ese segundo, cuando entró a la izquierda al pasillo D y chocó con Stacy Bensen.

Stacy Bensen.

Stacy Bensen, del último año, una esnob del consejo estudiantil, rubia, con el cabello teñido aún más rubio, siempre con su peinado lacio hasta el cuello, con un espeso labial rojo y un tenue delineador negro para acentuar su curvatura, algo que ningún chico podía notar, lo que te hacía sentirte un poco triste por ella, del mismo modo que

te entristeces por las teiboleras y las chavas que hacen películas porno porque están tan buenas que nadie las verá jamás como algo más que eso y por eso se destruyen, tal vez. La sombra azul en los ojos, combinada con el brillo azul del esmalte de uñas siempre perfecto, insinuaba el hecho de que Stacy Bensen nunca había tenido un trabajo de medio tiempo, ni ningún otro trabajo, ni un solo día en toda su vida. Un suéter rebeca verde, entallado con esmero en su cuello y cintura, y los mocasines cafés más pinches adorables; combinada perfectamente con accesorios relucientes de Copper Pennies, que brillaban sólo un poco menos que Stacy, maquillaje de comercial, la típica chica gringa, cara perfecta para foto. También, calcetas de variados diseños y colores.

Además, como me habían contado, solía comentar en la clase de ética que las chavas que tenían abortos debían ser juzgadas como asesinas de infantes. También, según decían por ahí, su tendencia a dirigirse a las otras chavas en la escuela como «chicas», como cuando decía «Chicas, necesitamos un par de voluntarias más para la donación de sangre». También, y lo que era peor en toda ella: sus pines. Habíamos asistido a la misma primaria y desde entonces usaba un pin diferente cada semana, hecho a mano: «Orgullosa princesa», «Vaya con Dios», «Sensible y célibe». He ahí una chica que parecía decir con su ensayado tono de voz y con mucha pinche sobreempatía: «Todos los que me rodean son mugrosos subhumanos». He ahí una chica que con sus movimientos ligeros, medidos y perfectos —un guiño de sus relucientes pinches ojos azules, la mueca nostálgica en su sonrisa, su risilla dulce como si alguien tocara una campanilla— parecía susurrar: «Soy mejor que tú en todas las cosas». Y tal vez tenía razón, pues su apariencia, inteligencia y encanto siempre te retaban a

discutir, pero nunca lo hacías, ¿qué puedes discutir cuando luces como lo hacías?

Ese día Stacy Bensen llevaba un pin que decía «Teletraspórtame, Scotty, no hay vida inteligente aquí». Así pues, en el pasillo, al final del día, entre el ruido de las últimas clases, «¿Vas a practicar?» y «Recógeme a las siete» y «¡Nos puso mucha tarea otra vez!», el olor del espray para pelo y el puto denso aroma de las labores repetitivas de los conserjes al terminar las clases... Gretchen dio la vuelta y chocó contra Stacy Bensen, y Stacy Bensen se detuvo, miró a Gretchen y le dijo «¿Por qué no te fijas por dónde caminas, gorda marimacha?».

Bien, corte.

Si conocieras a Gretchen y pudieras leer su mente, esto es lo que ya sabrías:

Corte a:

Con cinco años de edad, Gretchen, bailarina en su clase de gimnasia. Bien, Gretchen, de cinco años, en gimnasia. No podía hacer un salto mortal por su peso, ya sabes, todas las otras niñas se reían y, en particular, había una pequeña niña morena malencarada que una vez señaló a Gretchen y dijo «Está gorda» y, cuando llegó la hora de la presentación final, a Gretchen le dijeron que sólo corriera por el escenario mientras las otras niñas hacían sus volteretas y acrobacias y todas esas mierdas. En lugar de eso, tras bambalinas Gretchen mordió a otra niña y la mandó a casa llorando.

Y:

Ahora de ocho años, Gretchen de compras para hacer su disfraz de Halloween en un pasillo de la farmacia, filas y filas de mascarillas de plástico pegadas a un traje de plástico de una sola pieza: Superman, Batman y la Mujer Maravilla, un hada madrina y Frankenstein, Drácula y todos los demás. Su madre sugería que tal vez Gretchen preferiría más a Frankenstein que a las princesas porque el disfraz de Frankenstein tendría más espacio.

Luego:

En secundaria, un grafiti «Culona» pintado al lado de su casa y Gretchen viendo a su papá que trataba de evitarle la vergüenza al taparlo con pintura café demasiado tenue, Gretchen y yo y todo el mundo viendo la mancha todos los días cuando regresaba a casa, hasta que se mudó, aunque todos saben que la mancha estaba ahí, sigue ahí, y saben por qué.

Entonces:

Entonces, cuando Stacy Bensen dijo «¿Por qué no te fijas por dónde caminas, gorda marimacha?», Gretchen dio la vuelta y alcanzó a agarrar a Stacy de la cabeza, sosteniendo el extremo de su pinche cola de caballo dorada: jaló tan fuerte que hasta le arrancó varios cabellos, el pelo desgarrándose del cuero cabelludo suave y blanco, como un hilo mágico dorado usado para coser el jodido deseo de una suertuda princesa; y luego Gretchen, agarrando a la chava de la blusa, comenzó a golpear en la cara a Stacy Bensen. Le rompió su delicada nariz aguileña con un sonoro putazo al que le siguió el brote de sangre roja y brillante mientras Gretchen gritaba, lo más fuerte que podía, «¡Por qué no me chupas la verga, Barbie?».

En un instante la señora Crone, la maestra lencha del gimnasio, tacleó a Gretchen. La sostuvo de la cintura mientras la vieja enfermera de la escuela se apuraba para llegar hasta Stacy Bensen: todas las chicas estaban en shock viendo la escena, con sus tiernos, virginales y sagrados corazones latiendo duro, todas ellas boquiabiertas y mudas por el pasmo. He aquí, te digo, he aquí la parte que Gretchen casi siempre omitía: Por todas las peleas en las que había estado involucrada antes con rudas morras pachecas, el rímel denso y corrido por sus rostros angulares, en cualquier sótano durante una fiesta o en el estacionamiento vacío mientras los novios les chiflaban y aplaudían asustados, tal vez; o con las fresas que estrangulaba con sus manos alrededor de sus largos y elegantes cuellos, y las narices que después tendrían que ser retocadas en cirugías plásticas por carísimos cirujanos; o la alta, la mandona en el equipo de voleibol que tenía toneladas de vellos en los brazos y que era demasiado feroz y varonil; por todos esos arañazos y groserías, los jalones de pelo, por todos esos chingadazos, los chiflidos y las mordidas, aquella fue la primera vez —la primerísima vez— que Gretchen había tenido remordimiento por lo que había hecho, la primera vez que se sintió peor después de todo lo que pasó, y a pesar de eso ella no sabía la razón. Pero para mí, remitirme a esos momentos ahora es sencillo: al igual que no era culpa de Gretchen haber nacido gorda, no era culpa de Stacy Bensen haber nacido bonita.

Seis

La historia de Estados Unidos puede valer madre. Estados Unidos de América puede valer madre. Las Trece Colonias pueden valer madre. George Washington puede valer madre. Los británicos pueden valer madre. Las casacas rojas pueden valer madre. Los mosquetes pueden valer madre. Eso es bueno. Los mosquetes pueden valer madre. Los cañones pueden valer madre. Benjamin Franklin puede valer madre. Roanoke puede valer madre. Jamestown puede valer madre. Los cuaqueros, los padres peregrinos y los indios pueden valer madre. Los primeros comercios en Estados Unidos pueden valer madre. El motín del té puede valer madre. Las leyes intolerables pueden valer madre. El hermano Flanagan y su calva manchada pueden valer madre. Su calva manchada puede valer madre por su lado, también. La protección para la cabeza de Flanagan puede valer madre. Sus líneas de tiempo pueden valer madre. Billy Lowery al frente del salón y sus quince millones de putas preguntas pueden valer madre. Jim Gallagher detrás de mí, golpeándome en la nuca con su pluma, PUEDE VALER MADRE. Estas paredes pueden valer madre. Este escritorio puede valer madre. Estos libros pueden valer madre. El techo también puede valer madre. Los otros patanes en el salón de clases pueden valer madre. La escuela completa puede valer madre. De arriba a abajo, pueden valer madre. Los maestros pueden valer madre. Los

pinches hermanos sagrados pueden valer madre. Los galanes y los dizque atletas pueden valer madre. Los futbolistas, los que juegan béisbol, americano, luchadores, corredores, los mamados y todos sus emblemas deportivos pueden valer madre. El consejo estudiantil y sus maricas políticos wanna-be pueden valer madre por estar en el consejo estudiantil y por ser maricas políticos wanna-be. Los chicos ricos de fraccionamiento con sus automóviles nuevos pueden valer madre. Los sucios déalers citadinos que me ven de arriba a abajo como si fuera un maricón pueden valer madre. Los muchachos de la escolta pueden valer madre. Los pachecos, drogadictos, mamados, alcohólicos, los chicos negros gánsters, los latinos gánsters, los nerds que se hacen los malos, los geeks, los maricas, los ñoños, los bichos raros, los tímidos, los póusers, los afeminados, los patanes, los que se masturban crónicamente, los freaks, todos ellos pueden valer madre.

La pinche escuela completa puede ya valer madre.

Volteé a ver mi reloj digital, luego vi el reloj en lo alto de la pared frontal del salón. Los dos decían 1:13 pm. Historia de Estados Unidos, sexta clase, Salón de clases del hermano Flanagan, Preparatoria Católica Hermano Rice, Chicago, IL, Estados Unidos, Norte América, planeta Tierra. Dos horas más de esta pinche chingadera. Suspiré, luego hurgué en mi bolsillo trasero para revisar el mixtape que Gretchen me había hecho:

*(I AM A) RABBIT/LOS LEMONHEADS
DEVIL'S WHOREHOUSE/LOS MISFITS
GIMME SOME HEAD/GG ALLIN
DEAR LOVER/SOCIAL D.
LOVER'S ROCK/THE CLASH
DAY AFTER DAY/THE VIOLENT
FEMMES*